

Históricas Digital

Ana Rosa Suárez Argüello y Marcela Terrazas Basante

“Introducción”

p. 15-18

Política y negocios. Ensayos sobre la relación entre México y los Estados Unidos en el siglo XIX

Ana Rosa Suárez Argüello y Marcela Terrazas Basante
(coordinación general)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora

1997

392 p.

Mapas

(Serie Historia Moderna y Contemporánea de México 27)

ISBN 968-36-4977-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/338/politica_negocios.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INTRODUCCIÓN

El estudio de las relaciones entre México y los Estados Unidos muestra que, entre 1822 y 1854, el vecino del norte no constituía, de ningún modo, un bloque monolítico, y que si algo lo caracterizaba era la diversidad. Si bien el extraordinario desarrollo de las comunicaciones y los transportes unificó al país, también lo polarizó. Su trato diplomático con otros países no se puede por tanto explicar si no se toman en cuenta sus procesos internos y la forma en que los últimos influían en aquél.

Ciertos factores cobran particular importancia. La política respondió a la revolución material. Con la misma meta —una república liberal y democrática, que propiciara el desarrollo capitalista—, las administraciones norteamericanas tanto como los partidos Demócrata y Whig permitieron al electorado escoger entre dos visiones del mundo, opuestas en cuanto al papel del Estado y los medios del cambio. En tal sentido, la confrontación del poder Ejecutivo con el Legislativo o entre el Senado y la Cámara de Representantes, al igual que las diferencias ideológicas entre los partidos y las divisiones en cada uno de ellos, se tornan relevantes para entender los *cómos* y *los porqués* de las relaciones de Washington con el exterior.

Las regiones dejaron sentir su influencia. Es claro que Norte y Sur detentaban sus propias peculiaridades, y que cada una pugnaba por un proyecto de Estado-Nación. Sin embargo, la rivalidad no excluía la convergencia en algunos casos, como se demuestra al revisar distintos momentos de la expansión territorial, y al tropezar, una y otra vez, con individuos o grupos opuestos a lo que parecía una tendencia regional de opinión.

A lo político y lo regional se sumaba otro elemento, el de los intereses privados, sin el cual no se puede explicar cabalmente la historia diplomática de los Estados Unidos. En efecto, ésta va más allá de las actividades de pequeños grupos de funcionarios y no se limita a los tratos más divulgados o a las visiones tradicionales. El afán de lucro llevó a individuos y empresas particulares a jugar un papel importante en la definición de la política externa. Los empresarios y/o especuladores se valieron de todos los recursos para conseguir una acción más efectiva y lograr mayor influencia; acudieron a los políticos, entre quienes no faltaron los que mezclaron negocios y razones de Estado. Manipularon a la opinión pública, sobre todo a través de los periódicos, para

asegurar sus ganancias. Sus intereses, con frecuencia cambiantes y hasta contradictorios, coadyuvaron a crear una red imbricada donde, en ocasiones, lo nacional y lo regional tanto como lo público y lo particular no se disciernen con claridad.

Cabe agregar que la política exterior de los Estados Unidos no era algo totalmente previsto, sino que sus autores trabajaban con varias posibilidades —podría decirse que sobre la marcha—, para optar al final por la que exigían las circunstancias. Existía una gran distancia entre las palabras y las obras. Así, uno era el discurso republicano y democrático, otra la práctica diplomática, una la imagen presentada a la opinión pública, otros los medios legales e ilegales que se utilizaban.

Además de responder a lo interno, el Estado norteamericano pretendía fortalecerse frente al exterior y, en particular, ante la Gran Bretaña. Como poder semiperiférico, el país vivía en el temor a la “amenaza inglesa”. Se trataba de un miedo casi paranoico, que tenía una parte de realidad, pero que fue explotado para conseguir, con la aprobación de la opinión pública, el establecimiento de una frontera “natural”, nueva, permanente e ideal, amén de la resolución de ciertas necesidades estratégicas como eran la protección del puerto de Nueva Orleans, la neutralidad de la comunicación interoceánica o la seguridad a la entrada del golfo de México.

Junto a este país en crecimiento y conflicto, los gobiernos mexicanos del periodo abordado sufrieron la embestida de facciones y partidos políticos cuyas luchas internas y antagonismos mucho tuvieron que ver con su debilidad extrema. A dicha circunstancia se aunaban penurias mayores como eran la bancarota crónica de la hacienda pública, las presiones de los acreedores domésticos e internacionales, los levantamientos indígenas y el desasosiego social que amenazaban con desatar una contienda civil.

En los años que siguieron a la guerra del cuarenta y siete, las expediciones filibusteras, las correrías de los indios en las entidades del norte, los proyectos anexionistas de estadounidenses insatisfechos con la frontera trazada en el Tratado de Guadalupe Hidalgo, así como los planes secesionistas ideados en el septentrión, apoyados al otro lado del Río Bravo, contribuyeron a amenazar seriamente la supervivencia de México. El país ofrecía un panorama de inestabilidad e inquietud provocadas, en gran parte, por el recelo en la solidez de la unidad federal y por la limitada autoridad real del gobierno en muchos ámbitos del suelo patrio. En síntesis, no se encontraba en el horizonte de México un verdadero Estado-Nación capaz de salvaguardar la soberanía y la integridad territorial frente a las amenazas internas o externas, apto

para mantener el pacto federal y dueño de los medios económicos para administrar adecuadamente los recursos del país.

Las experiencias federalistas y centralistas fueron incapaces de convocar a los diversos intereses regionales y a los variados actores sociales mexicanos. Tampoco la dictadura logró allegarse el apoyo social necesario para tal fin. Esta debilidad fue un obstáculo para que los ministros plenipotenciarios mexicanos aprovecharan en favor de su gobierno, como pudieron haberlo hecho, el fraccionamiento interno que se observaba en la arena política norteamericana; más bien, la diplomacia de México echó mano de recursos como la legalidad, el apego al derecho, la letra de los acuerdos o las reclamaciones, que se constituyeron en las armas con las que se trató de hacer frente a la agresividad del coloso del norte.

En contraste, el gobierno de los Estados Unidos y sus ministros plenipotenciarios encontraron en las penurias económicas y la flaqueza de las administraciones mexicanas una verdadera invitación a saciar su apetito territorial u obtener jugosas concesiones. Las necesidades pecuniaras y el quebranto de los poderes en México fueron condiciones propicias para trazar nuevos linderos o acordar privilegios en favor de la Unión Americana. Sin embargo, los funcionarios mexicanos, que al principio se mostraron reacios a entablar negociaciones que tuvieran como propósito la enajenación de alguna parte del territorio o el otorgamiento de concesiones lesivas a la soberanía del país, no pararon mientes y se mostraron dispuestos a ello, en los momentos de mayor apuro. Así, las autoridades de México acudieron a sus homólogas tanto como a los empresarios estadounidenses, o a ambos, para salvar su permanencia en el poder o su proyecto de nación. Algo semejante sucedía con los particulares mexicanos que buscaron la ganancia derivada del agio y la especulación apoyados por sus equivalentes en los Estados Unidos, por prominentes políticos de aquel país o por la combinación de los dos.

En cualquiera de los casos, es posible expresar que la relación entre las dos naciones se estableció en los siguientes términos: a mayor fragilidad mexicana, mayor presión norteamericana. Esto quiere decir también que, en los momentos de vulnerabilidad extrema de México, los Estados Unidos obtuvieron más y mejores concesiones. Empero, la ecuación enunciada tiene sus salvedades. Si bien Washington supo jugar con las divisiones políticas de México y especular con la ruina de su erario para recorrer los linderos o conseguir cesiones ventajosas, los logros estuvieron condicionados por las contradicciones internas así como por la pugna de los proyectos empresariales norteamericanos que competían entre sí. A ellos se vinculaban, en no pocas ocasiones, negociantes y políticos del país vecino del sur.

Por otra parte, la relación entre México y los Estados Unidos se insertaba en el contexto más amplio de la situación mundial. La emergencia de las potencias industriales, su búsqueda de mercados, la aparición de nuevos esquemas de hegemonía sustentados en formas novedosas, como el caso inglés, jugaban un papel definitivo. La decadencia de España y la incapacidad de ésta para recuperar sus antiguas posesiones, las ambiciones políticas y comerciales de Francia, la rivalidad angloamericana en el hemisferio, la expansión de los mercados en la cuenca pacífica y la necesidad de establecer “la vía de las naciones” son elementos que ayudan a explicar situaciones tales como la reiterada apelación de México al auxilio extranjero, particularmente el británico, ante la “amenaza norteamericana”, así como la impasible respuesta de Inglaterra. Ésta, en pleno florecimiento industrial, con intereses en muchas latitudes y con un dominio considerable del comercio y las finanzas en diversas partes del globo, mostró, a medida que avanzaba el siglo XIX, que no estaba dispuesta a convertir en un problema irreductible la disputa con sus ex colonias por la hegemonía del Nuevo Mundo; como sucedió desde el momento de la independencia de aquéllas, la metrópoli cedió tierras a cambio de poder marítimo. De cualquier forma, el vínculo mexicano-norteamericano en este periodo no puede entenderse cabalmente sin tomar en cuenta el factor británico y, en menor medida, el francés y el español. Las anteriores reflexiones dejan la convicción de que el enmarcar el estudio de la relación bilateral en procesos más amplios permite advertir los fenómenos en dimensiones distintas, más cercanas a su proporción real.

En fin, bien valdría preguntarse si el contexto externo, en particular la competencia angloamericana, alteró el desarrollo de las relaciones entre México y los Estados Unidos, y si la debilidad política y la miseria del erario en nuestro país, a la que contribuyeron varios de sus ciudadanos —más preocupados por sus negocios privados que por los intereses de la nación—, no dejaron a sus representantes más que el recurso de la diplomacia y los instrumentos jurídicos para salvar la soberanía y la integridad territorial. Mayor importancia tendría detenerse un momento a considerar si el peso de las instituciones, las regiones, los intereses privados y la opinión pública en una política externa estadounidense, en ocasiones improvisada, y en la que el discurso y la práctica no siempre coincidieron, afecta el vínculo entre los dos países en el momento actual y no sólo en el pasado.